

***La Nacionalidad como Convocatoria Moral:
Reseña de Identidades Nacionales en América Latina***

383
RESEÑA

J. M. Salazar por
Manuel Rodríguez Orellana^{1 2}

Inter-American University of Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico

Se ha señalado que la particular manifestación de las identidades nacionales conocida como nacionalismo provoca cuando menos dos actitudes extremas. O se exalta como bien supremo, o se repudia como “monstruosidad irracional” (Miller, 1997). Estas dos vertientes se hacen patentes, de una parte, en la emotiva afirmación ideológica de “Mi país, con razón o sin ella” y, de la otra, en la experiencia histórica del hitleriano Tercer Reich. Sin embargo, la experiencia también demuestra que la conducta humana usualmente no sustenta al nacionalismo ni como virtud suprema, ni como monstruosidad. Si así fuera, las nacionalidades existirían sólo para ver miopemente en ellas el objeto supremo de la lealtad a los “nuestros”, o se repudiarían universalmente por considerar de igual legitimidad los reclamos de cualquiera, en cualquier parte, como los de un “conciudadano del mundo”.

Como en toda lógica llevada a sus extremos, la realidad se impone como disciplina para evitar el absurdo. En Puerto Rico, el tema de la identidad nacional es uno que provoca el expendio de energías vitales. Pero en esto, no estamos solos. Como advirtió el poeta inglés, John Donne (1571-1631), “*No man is an island, entire of itself*”. Y la publicación de *Identidades culturales, nacionales y supranacionales* (Salazar, 2001) es una aportación valiosa para la discusión de nuestra identidad nacional que abre de manera sensible nuestro marco de referencia y nos hace conscientes, de manera concreta, de que, en lo que a este tema se refiere, no somos “isla”.

Con las excepciones de extremos que se tocan — la subjetiva vivisección posmoderna de la nacionalidad por parte de un sector marginal de la intelectualidad puertorriqueña (Pabón, 2002) por un lado y, por el otro, la retórica caricaturesca de un sector del asimilismo anexionista en Puerto Rico que se empeña en negarla y nos caracteriza como Puerto Rican-Americans —, la vida cotidiana de los puertorriqueños de hoy transcurre, consciente o inconscientemente, por los rieles de su identidad nacional. Sin importar sus particulares creencias políticas o religiosas, ni la profesora que anuncia un “quiz” a sus sorprendidos

¹ Dirección: Calle Middle KK-14, Alturas de Borinquen Gardens, Rfo Piedras, PR 00926, USA, Tel. (787) 731-2738. E-mail: lerp@tld.net

² El libro se compone de interesantes artículos de importantes estudiosos de la psicología social. En el orden que establece el libro, escriben intelectuales de México, Puerto Rico, República Dominicana, Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil, Chile y Argentina.

estudiantes, ni el adicto a drogas que pide “una pejeta” para su cura en el semáforo a cualquier hora, ni el “*bagger*” del supermercado que aguarda su propina con ademán de derecho adquirido junto al automóvil de marca japonesa, piezas fabricadas en México y ensamblaje en Ohio de la ama de casa que acaba de pagar a sobreprecio las alcachofas cultivadas en otras latitudes, generalmente los puertorriqueños no se cuestionan, y menos aún se angustian, por una crisis de identidad nacional. En cada una de esas instancias, son puertorriqueños — y no búlgaros, ni chinos, ni daneses. Si en algún momento de reflexión les surge la problemática de la ciudadanía estadounidense que pudieren ostentar, ésta se remonta rápidamente al “issue del estatus”. Los puertorriqueños, perdonando la tautología, son lo que son y ésa es la realidad.

Lógico es que así sea. Antes del fenómeno de la unificación política de las naciones en estados, los franceses y los ingleses ya lo eran. Michelangelo no era menos italiano que Mussolini, ni Mozart menos austriaco que Hitler. Porque ahí, en el tema de la identidad nacional no constituída en estado nacional, a pesar de nuestra subordinación política a los Estados Unidos de Norteamérica, tampoco somos “isla”.

Esto no quiere decir que las características de nuestra identidad nacional no constituyan un área aceptable de interés para los investigadores sociales. Aspectos raciales, de clase, y autopercepciones encontradas abundan e inciden en el desarrollo de las identidades nacionales. La herencia africana, indígena y (dominantemente) ibérica en América Latina, combinada con el mestizaje y la experiencia colonial proporcionan un taller natural para la investigación social. Y la colección de artículos en *Identidades...* da fe de ello. En todas se discuten las percepciones positivas y negativas que de su propia identidad identifican los nacionales de diversos países (Pereira, 2001; Valdez Medina, 2001; Zaiter, 2001).

En cada país, cada nacional puede llegar a su propio catálogo y conclusiones de características positivas o negativas. José Luis Valdez (2001), por ejemplo, establece cuatro tipos de mexicanos, dos positivos y dos negativos, a base de los adjetivos o prejuicios que los sujetos del estudio utilizaron para describir a sus compatriotas. Al final, este autor cede a su propia tendencia tipificante, y termina ubicándose en lo que parece un quinto tipo autoderrotista—concluye que los mexicanos, “parecemos adolescentes taciturnos instalados en plena metamorfosis”, pero similar a los demás pueblos latinoamericanos en “el hecho de seguir siendo pueblos que no quieren crecer” (Valdez, 2001, p. 44).

El caso de Puerto Rico, desde luego, nos toca más de cerca. Todos conocemos las versiones de cómo es el puertorriqueño, desde “dócil”, hasta el “jaiba”. Sin embargo, el artículo sobre Puerto Rico, de Nelson Varas Díaz e Irma Serrano-García en *Identidade Nacionales en America Latina* (2001) en su acertado enfoque, no se limita a lo descriptivo de las percepciones positivas y negativas que los puertorriqueños puedan tener de sí mismos. Va más allá y se adentra en la identificación de percepciones como emociones, para luego

señalar la función de cambio político y social que las mismas — a diferencia de los meros sentimientos — pueden desempeñar en el plano histórico. Señalan los autores que, “Los sentimientos son sólo percepciones sensoriales del cuerpo (ej. dolor, placer), mientras que las emociones incluyen un proceso evaluativo de posibles beneficios y daños” (Varas-Díaz & Serrano-García, 2001, p. 57).

Encuentran los autores que existe un consenso entre los sujetos de su estudio en el sentido de que las emociones afectan el pensamiento de las personas, así como las decisiones que cada cual pueda tomar. Por ello concluyen que, “Conocer su rol vital en la constitución de la nacionalidad, permite estudiar cómo sostienen las identidades nacionales y cómo pueden contribuir a cambiarlas” (Varas-Díaz & Serrano-García, 2001, p. 86).

Una característica central imbuída de emociones positivas y negativas es la de identificarse con Puerto Rico como algo distinto de los demás países, incluyendo a Estados Unidos. Por lo tanto y a la luz de nuestra experiencia colonial, afirman los autores con acierto que, “El puertorriqueñismo es un acto político en el escenario colonial” (Varas-Díaz & Serrano-García, 2001, p. 84). Por eso, “...conocer su contribución a la formación de las identidades nacionales nos confronta con la posibilidad ética y política de rebasar el rol del estudioso/a o del académico/a para participar activamente en la gestión de cambio que entendamos que nuestro pueblo merece” (p. 86).

El planteamiento particular de los autores puertorriqueños va a la médula de las identidades nacionales. Plantearse si deben existir evade el problema ético. El problema es, reconociendo que existen, ¿qué hacer? O como plantea Miller (1997) ¿hasta qué punto preocuparnos? Dice Miller:

“Las desigualdades que encontramos [entre Suecia y Somalia] serían moralmente intolerables dentro de un país, ¿por qué no lo son entre fronteras? ... Cómo debemos reaccionar depende de cuáles sean las causas. Si es el resultado de nuestra interferencia o de un modelo explotador de intercambio producido históricamente, entonces somos responsables y debemos ayudar a los somalíes por justicia. Si es resultado de políticas equivocadas o de la inestabilidad interna dentro de Somalia, entonces nuestra respuesta ha de ser más matizada” (p. 232)

Y concluye:

“Lo que sí significa es que el principio de la nacionalidad afecta a la forma en la que pensamos acerca de una gran variedad de temas—ciudadanía, derechos de minorías, educación, la promoción de culturas, las constituciones, las fronteras políticas, los deberes más allá de nuestras fronteras y mucho más” (p. 237)

Son éstas, señalan D’Adamo y García Beaudoux (2001), fronteras que en el siglo XXI podrán ser de distintos tipos—formales, históricas, psicológicas o formales. Porque, como señalan estos autores con perspicacia, aun en la época de la Unión Europea:

Parece poco probable pensar que en un hipotético futuro, aun la utilización de una sola moneda y una sola bandera pudiera implicar una cohesión tal que se desvirtuaran las milenarias diferencias, rivalidades y, en suma, identidades que distinguen a los

MANUEL RODRÍGUEZ ORELLANA

habitantes de los países europeos miembros de la Unión.... Ese simbolismo ausente de sustancia humana es, según [Régis] Debray, un sistema de identidad virtual con el que las personas no pueden relacionarse sentimentalmente.... (p. 252; énfasis mío)

Emocionalmente, dirían Varas Díaz y Serrano-García, añadiendo con Miller que, "Al abrazar el principio [de la nacionalidad], todavía queremos ser liberales (o socialdemócratas, o socialistas...) pero nuestros presupuestos habrán cambiado." (Miller, 1997). Y como sugieren concretamente Varas Díaz y Serrano-García, sobre la gran variedad de temas que inciden en las identidades nacionales, hay que "ver a dónde nos conducen moral y políticamente" (Varas-Díaz & Serrano-García, 2001).

Referencias

- D'Adamo, O. & García Beaudoux, V. (2001) Identidad versus nacionalidad. El problema de las identidades nacionales en la era de la globalización En J. M. Salazar (Coord.) *Identidades nacionales en América Latina*. (pp. 241-258) Caracas, Venezuela: Universidad Central.
- Miller, D. (1997). *Sobre la nacionalidad*. New York: Oxford University Press.
- Pabón, C. (2002) *Nación postmortem: Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad*. San Juan, Puerto Rico: Callejón.
- Pereira, M. E. (2001) Identidad nacional y estereotipos regionales en Brasil. En J.M. Salazar (Coord.) *Identidades nacionales en América Latina*. (pp. 199-218) Caracas, Venezuela: Universidad Central.
- Salazar, J. M. (Coord.) (2001). *Identidades nacionales en América Latina*. Caracas, Venezuela: Universidad Central.
- Valdez Medina, J. (2001). La identidad cultural del mexicano. En J. M. Salazar (Coord.), *Identidades nacionales en América Latina* (pp. 13-47) Caracas, Venezuela: Universidad Central.
- Varas-Díaz, N. & Serrano-García, I. (2001). "Eso que te ata por dentro": El aspecto emotivo de las identidades puertorriqueñas. En J. M. Salazar (Coord.), *Identidades nacionales en América Latina* (pp. 49-89). Caracas, Venezuela: Universidad Central.
- Zaiter, J. (2001). Identidad nacional en la sociedad dominicana. En J. M. Salazar (Coord.), *Identidades nacionales en América Latina* (pp. 91-133). Caracas, Venezuela: Universidad Central.

Manuel Rodríguez Orellana - Professor of Law, Inter-American University of Puerto Rico, until selected to serve in the Senate of Puerto Rico, January-December, 1999. A.B. The Johns Hopkins University; M.A. Brown University; J.D. Boston College Law School; LL.M. Harvard University; ex catedrático de Derecho Internacional, Northeastern University School of Law, Facultad de Derecho de la Universidad Interamericana de Puerto Rico; Secretario de Relaciones con Norteamérica, Partido Independentista Puertorriqueño.